

está limitado sino por las convenciones hechas con Inglaterra, convenciones en virtud de las cuales les está prohibido declararse la guerra, enviarse embajadores y recibir á ningún europeo en su territorio sin autorización del gobierno británico. En las capitales de los más poderosos de entre ellos reside un agente inglés cuyas funciones son puramente diplomáticas y que no debe mezclarse sino excepcionalmente en la administración del Estado. Algunos de esos reinos pagan tributo á Inglaterra, otros no pagan nada. A excepción de uno ó dos, son, por otra parte, de formación reciente y están gobernados por dinastías que han comenzado á la caída del imperio mogol.

2.º — LA EDUCACIÓN INGLESA DE LA INDIA

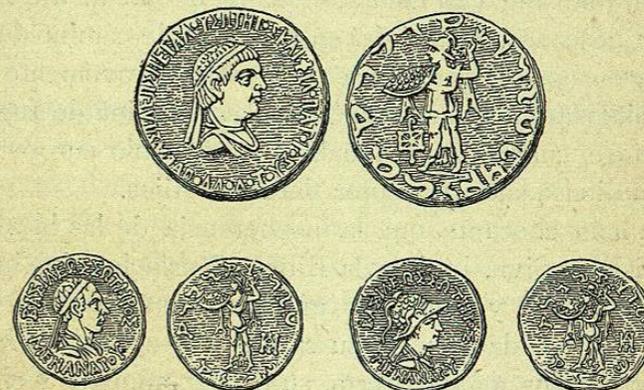
Uno de los más curiosos temas de estudio que ofrece la India al observador, y sin embargo uno de los que hasta aquí han atraído menos la atención, lo constituye la acción producida sobre un pueblo inferior como el indio por una educación adaptada á las necesidades de un pueblo superior. No hay, creo, en la historia experiencia análoga intentada en tan gran escala. Los resultados son interesantísimos para todas las naciones que deseen fundar colonias y sobre todo conservarlas.

Representa hoy la India lo que sería la Edad media gobernada y educada por el mundo moderno, es decir, el contacto de dos sociedades de las que puede decirse que están separadas por abismos, ya que ni tienen los mismos sentimientos, ni las mismas ideas, ni las mismas necesidades, ni las mismas creencias. Ahora bien, es un principio demostrado en sociología como en historia natural, el de que el espíritu, como el cuerpo, no puede pasar de una forma elemental á una forma superior sin pasar por toda una serie de fases intermedias. Ocurre en la educación como en las instituciones: las que responden á las necesidades de un pueblo no pueden convenir más que á ese pueblo y no á otro.

Influenciados por los clamores de los misioneros protestantes

de Inglaterra y los discursos de los filántropos de gabinete, y necesitando absolutamente, además, para sus servicios públicos, de un gran número de empleados subalternos, los ingleses se decidieron á abrir en la India escuelas de tipo europeo destinadas á instruir á los indígenas. La instrucción es dada allí naturalmente por ingleses y conforme á los programas europeos.

Hace más de cuarenta años que se administra á grandes dosis á los indos esta educación, que ha dado origen á una cla-



Monedas indas de Apolodoto y de Menandro

se de hombres especialísima, la de los babus ó letrados, que se cuentan hoy por centenares de miles y que aumentan cada día.

El babu constituye un tipo perfectamente definido, que posee una fisonomía intelectual y moral muy particular. Puede estudiárselo como el representante de una especie de raza artificial que posee caracteres bien determinados. Su estudio demuestra hasta qué punto la instrucción, que los tiempos modernos han llegado á considerar como una panacea universal, puede producir efectos desastrosos cuando no está adaptada á los cerebros destinados á recibirla.

Desde el doble punto de vista intelectual y moral, el babu es un ser que no podría caracterizarse mejor que diciendo que ha

perdido toda brújula. Las palabras que le han acumulado en el cerebro representan para él ideas que le son demasiado extrañas para que pueda comprenderlas. Si se considera que una definición no tiene jamás el menor valor para aquel que no posee ya los gérmenes de la idea que debe hacer nacer ó ideas muy análogas, se comprenderá que el pobre babu esté respecto del mundo nuevo á que su educación artificial le ha transportado, exactamente como un ciego respecto de los colores que se le quisiese definir por medio de palabras. La incoherencia de sus ideas no es comparable sino á su incurable manía de hablar á tontas y á locas, sin descanso. Se dirigirá en un andén de camino de hierro al primer europeo llegado para preguntarle gravemente si prefiere Shakspeare á Ponson du Terrail, si la reina de Inglaterra caza el tigre, cuánto gana anualmente un sabio europeo y qué profesión piensa su interlocutor dar á sus hijos.

Nada más chocante que la incoherencia de las ideas de un babu. Vishnu, Siva, Júpiter, la Biblia, el príncipe de Gales, los héroes de Grecia y Roma, las antiguas repúblicas, las monarquías modernas danzan en su cabeza una zarabanda infernal. Cree que la reina de Inglaterra, su primer ministro y el príncipe de Gales forman una trinidad semejante á la trinidad india de Brahma, Vishnu y Siva. El babu se explica todas sus nociones nuevas según las ideas hereditarias de su raza, las únicas á que puede atenerse y, sin embargo, las únicas que desprecia profundamente en la fatuidad en que su educación inglesa le ha sumido.

Véase lo que sobre este punto dice un autor inglés, tan sabio como prudente, el profesor Monier Williams:

«No me he sentido favorablemente impresionado por los resultados de nuestra educación aplicada á los indos. He encontrado muy pocas gentes instruídas, muchas á medio instruir y un gran número mal instruídas y mal equilibradas. Ellos (los babus) han podido leer mucho; pero cuando por casualidad piensan, es siempre incoherentemente. Son en general grandes charlatanes. Puede decirse que están atacados por una en-

fermedad que consiste en la necesidad de evacuar sin cesar un flujo de palabras. Hablan y obran como seres enteramente irresponsables. Olvidan su lengua, desprecian su propia literatura, su filosofía, su religión, sin adquirir por esto ninguna de las cualidades de los europeos. Lejos de tenernos ningún reconocimiento por lo que por ellos hemos hecho, lo vuelven contra nosotros y se vengan así del rebajamiento moral que nuestra educación ha producido en su carácter.»

«Son en su mayor parte, escribe sir John Strachey, gentes de escasa instrucción y que, sabiendo bien nuestra lengua, han aprendido á charlar sobre todos los lugares comunes de la política inglesa y se deleitan con su propia elocuencia, persuadidos de que obedecen á sentimientos parecidos á los que han leído en Burke y en Macaulay.»

«Es manifiesta, escribe por su parte nuestro antiguo cónsul en Calcuta J. Harmand, que la mayor parte de los ingleses de la India reconocen hoy que han equivocado completamente el camino en materia de instrucción occidental; los más experimentados maldicen la fatal manía que les ha puesto en esa vía, siguiendo al ilustre Macaulay, y que ha hecho mucho más mal aún á los indos que á los ingleses mismos, pues nuestro alimento intelectual es peligroso para cerebros como los de los asiáticos... Parece disociar, en algún modo, todas las bases de sus conocimientos y de sus sentimientos, arrancarles toda certidumbre moral y sumir sus almas vacilantes en la más profunda turbación.»

El rebajamiento de carácter producido en los babus por la educación europea no es, en efecto, menor que el desequilibrio absoluto de su inteligencia. Pero antes de describir este aspecto especial de su fisonomía, quiero citar sobre su estado intelectual el propio testimonio de uno de ellos, M. Malabari, que rebasa infinitamente, por otra parte, el nivel de sus colegas y del que el excelente librito sobre el Guzerat me ha proporcionado varios documentos. Véase cómo habla de sí mismo y de sus amigos, con los que había fundado un periódico. — El periodismo

es una de las manías del babu, y la prensa libre absolutamente la satisface inmoderadamente.

«Nuestra ignorancia no tenía más límites que nuestra arrogancia. Pero ¿no era glorioso poder criticar y poner en ridículo á los hombres más distinguidos del imperio? Un día, escribiendo sobre la batalla de Plewna, mi amigo P... me preguntó qué era la Puerta. Yo respondí que la Puerta era la principal esposa del sultán de los turcos. P... creía que era sólo el nombre europeo del jedive de Egipto. Nos ocurría frecuentemente pensar con este ingenio y nos mostrábamos cada día en nuestro periódico como un grupo de tontos vanidosos. Cuando al día siguiente descubríamos nuestro error, nos echábamos los unos á los otros la culpa.»

A esta confusión espantosa de las ideas se une en el babu otra, resultado de la educación europea, que es la de despojarle de todo brillo moral. Los sólidos fundamentos religiosos sobre que basaba su conducta han sido destruidos sin compensación. Ha perdido la fe de sus padres, sin haber por eso adoptado los principios de conducta del europeo. Su honradez se encuentra así estrictamente limitada á la observancia de los principios de moralidad vulgar que obliga á respetar el gendarme.

La administración inglesa se ve obligada á tomar las más minuciosas precauciones y á multiplicar hasta el infinito los medios de inspección para ponerse al abrigo de las depredaciones de esos babus. Nada menos seguro que el servicio de correos y el transporte de bagajes. Toda carta cuyo espesor pueda hacer suponer que contiene algunos papeles preciosos no encuentra probabilidades serias de llegar á su destino si no está anticipadamente certificada. He sufrido disgustos de todas clases para hacer atravesar la India á las cajas que contenían mis instrumentos. Muy pesadas estas cajas, creíanlas los babus empleados en las estaciones de caminos de hierro llenas de moneda y rompían invariablemente las cerraduras. Debí resolverme á encerrar todos mis aparatos en envolturas metálicas enteramente soldadas, introduciéndolas luego en cajas de madera. Continua-

ron forzando estas cajas; pero encontrando los babus la envoltura metálica sobre la cual había una inscripción indicadora de que contenía materias explosibles extraordinariamente peligrosas, se abstendrían prudentemente de llevar más lejos sus investigaciones.

El babu es tan servil en cuanto á los ingleses, sus dueños, como insolente con los indos que han de entenderse con él. Los babus son los verdaderos administradores de la India, puesto que son los agentes de la administración inglesa. Pero esto no les basta, y su sueño es el gobierno efectivo de la India por los babus y en provecho de los babus.

Este es el fin constante de sus aspiraciones, y cada vez que se juntan tres ó cuatro constituye el tema inevitable de sus conversaciones. Se enardecen discutiendo y acaban por hablar todos á la vez y sin escucharse los unos á los otros. Si reina un momento el silencio es que los interlocutores han oído sobre la arena el paso de un gentleman europeo. Desde que éste aparece, la banda, aterrorizada, se dispersa en todas direcciones dando lastimeros y apagados quejidos. He experimentado más de una vez una profunda repulsión comparando la abyecta actitud que adopta el babu delante del europeo con la arrogancia que despliega respecto de los indos. No hay ignorancia, por completa que pueda ser, que no sea preferible á tal grado de insolencia y de bajeza.

Los ingleses, que conocen á los babus, los tratan con una sequedad y un rigor que escandalizan al principio mucho al viajero extranjero recién llegado. Su elocuencia enfrente de ellos se limita generalmente á enseñarles una vara y á servirse inmediatamente de ella cuando por excepción no basta la amenaza. Cuando se han pasado sólo algunos días en la India, se ve uno obligado á reconocer que ese es el único medio de inspirar algún respeto á esa clase degradada y de no estar expuesto á su desvergüenza. Es raro que un inglés permita á un babu subir á su mismo compartimiento. El sueño de los babus es, con todo, conseguirlo. Admirábame al principio esta severidad, y cuando veía